

«Por consiguiente, hemos apoyado la devocion para con la Santa Virgen sobre un fundamento sólido é inalterable. ¡Puesto que es tan bien fundada, anatema á quien la niega, y quita á los cristianos un socorro tan grande!—¡Anatema á quien la disminuye, con esto debilita los sentimientos de la piedad (1)!»

(1) Sermon tercero para la festividad de la Concepcion de la Santisima Virgen.

LIBRO SEGUNDO.

ESPOSICION LITÚRGICA DEL CULTO DE LA SANTISIMA VIRGEN. —
ORACIONES. — MISA. — OFICIOS. — FESTIVIDADES. — PRÁCTICAS Y
DEVOCIONES.

CAPITULO PRIMERO.

Oraciones generales y usuales.—Credo, Pater, Ave, Confiteor,
Letanias.

Hemos espuesto los caracteres y razones del culto que tributamos á la Santisima Virgen. Ahora vamos á verle funcionar. Vamos á ver y oír á la Iglesia y á María, á la humanidad y á la Madre de Dios unidas con una relacion de vida. Volveremos á hallar, bajo una forma exterior y sensible de piedad, lo que llevamos espuesto bajo una forma metafísica y teórica de doctrina, esta misma doctrina bajo su forma mas perfecta. Porque el fin de la Religion, superior en esto á la mejor filosofía, no es la especulacion, sino la accion, la vida, la ejecucion de todos los instintos religiosos de la humanidad. *Las Religiones*, como se dice hoy dia, se diferencian de la filosofía, así como un sér animado que se mueve y obra en vista de su fin, se diferencia de un sér sometido á la diseccion de la ciencia que le sacrifica para conocerle. Pero LA RELIGION aventaja en su fin á *las religiones*, en que ejercitándo mucho mas y mucho

mejor la actividad espiritual y moral de la humanidad, desplegándola en el campo de la perfeccion mas indefinida, agota la admiracion racional de todo el que la quiere estudiar; presenta el plan mas magnífico de doctrina, se presta á todas las demostraciones, responde á todas las objeciones, es la *ciencia* por excelencia; es mas todavía, LA VERDAD: en una palabra; ella seria la filosofia si no fuera la Religion.

En este estado y bajo esta forma mas perfecta *de acto* de Religion, bajo su forma animada y litúrgica, es pues como vamos á considerar el culto de la Santísima Virgen, su vida en la humanidad.

La liturgia es una accion, y esta palabra *accion* es el término propio con que la antigüedad cristiana designaba el acto central de toda la liturgia, el santísimo sacrificio. Es un *drama*, y esta palabra todavía se emplea para caracterizar las alabanzas que cantamos á la Madre de Dios: *Ante thorum hujus Virginis, frequentate nobis dulcia cantica* DRAMATIS (1). Toda la Religion es un gran drama entre Dios y sus criaturas, entre la tierra y el cielo: es como un inmenso poema cuyo héroe es Jesucristo, y en relacion con El aparecen y obran el Padre Celestial, el Espíritu de vida, la Virgen Madre, los Angeles y los Santos, los demonios y los condenados, los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Padres, los Doctores, los Mártires, la Iglesia militante, purgante y triunfante; los siglos y todos los acontecimientos que en ellos se suceden, la creacion y todos los seres que la componen, la naturaleza, la gracia, la gloria, la caida, la redencion, la salud ó la ruina. Todo, absolutamente todo, incluso los impíos, que se creen espectadores y jueces, y que son los mas fuertemente chasqueados y juzgados; porque este drama no es una ficcion y una fantasia; es la misma verdad y la suerte eterna.

Pues bien: en *la liturgia* es dondó viene á reflejarse y representarse este gran poema de la Religion; en ella vemos aparecer y reaparecer todo con una distribucion admirable.

(1) Antifona del primer nocturno en los Maitines del oficio de la Santísima Virgen.

¡Qué poesia! ¡Qué música! ¡Qué elocuencia! ¡Qué ideal! ¡Qué simbolismo! ¡Qué ornamentos! ¡Qué pompas! ¡Qué escena! Nuestras catedrales, nuestras campanas, nuestros órganos, nuestros coros, nuestros grandes concursos de fieles, nuestros pontífices, nuestros altares, nuestros signos, nuestras fiestas, el Adviento, la Cuaresma, la Semana Santa, la Natividad, la Pascua, la fiesta del Santísimo Sacramento, la de todos los Santos, las solemnidades consagradas á la Madre de Dios, todo el ciclo de la liturgia. Hay en ella, para quien no ha perdido, con la fuerza del corazon, el sentimiento de lo bello, de lo grande, de lo natural, de lo patético, de lo solemne, de lo sublime, de lo infinito, motivos para tener lástima de todas nuestras ficciones teatrales creadas con tanta imaginacion, con tanta vanidad y corrupcion; motivos de hacerlas desertar para correr á surtirse en el gran manantial, en la grande influencia de toda la poesia; la suprema realidad, la Religion, Dios.

La parte que la Santísima Virgen tiene en este conjunto del culto cristiano es considerable, y esto debe ser conforme al principio y fin de la liturgia. Los cielos narran la gloria del Criador; el sol y los astros en la muda armonía de sus grandes movimientos, la tierra y los mares en la infinita variedad de sus cuadros y de sus maravillas, la creacion entera con sus millares de voces, no son mas que una inmensa liturgia que las obras de Dios ejecutan en loor suyo, á medida que en ellas reflejan sus perfecciones; y el hombre, criado particularmente á su semejanza, y solo conocedor de sí mismo y de su autor, es el Pontífice de esta liturgia natural que todo cuanto existe canta á Dios. Pues todas estas obras, incluso el hombre, no son mas que secundarias y relativas con relacion á una Obra por excelencia que Dios se ha propuesto al criarlas, que es la Obra de sus obras, en la cual ha reconcentrado todo su poder y toda su complacencia como en el fin de todas sus operaciones: esta obra es la Encarnacion de su Hijo, *nacido de la Virgen para que nosotros recibiésemos la adopcion de hijos* (1). La Virgen, en quien y por quien se ha consumado

(1) San Pablo á los Gálatas, 10. 4.

esta Obra maestra de donde Dios recibe toda su gloria, debe por consecuencia tener, entre todas las criaturas y despues de la humanidad de su Hijo, la parte mas inmediata y mas considerable en el reflejo de esta gloria, y por consiguiente en el culto que es su celebracion. Asi vemos que la primera Antífona litúrgica, la primera doxología cristiana que se ha entonado, es el cántico de gloria que los Angeles hicieron oír á los pastores con motivo del parto de la Virgen Madre, y que de todos los cánticos de la creacion, el mas digno, como producido por la criatura mas perfecta, el de mayor estension, como que parte de la humildad mas profunda á la grandeza mas sublime, es aquel *Magnificat* en que esta Virgen profetiza ella misma su propia gloria, como el testimonio mas brillante del poder y de la misericordia de Dios en el universo.

El estudio litúrgico, en donde vamos á reconocer esta bella verdad, llevando á mayor altura la manifestacion de la grandeza de María, proporcionará otra gran ventaja, cual es la de justificar, la de confirmar todo cuanto hemos dicho hasta aquí.

En efecto, en todo lo que hemos escrito hasta el presente acerca de la Santa Virgen, hemos obrado bajo la inspiracion de la enseñanza general de la Iglesia, de la doctrina de los Padres, de la lógica de la fé. Nada hemos dicho sobre el particular que no entrase definitivamente en los principios mas elementales y mas fundamentales del Cristianismo. Sin embargo, los espíritus no ejercitados en estas materias, y tal es en estos tiempos el mayor número, aun entre los cristianos, han podido creer que hablábamos mucho en nuestro nombre, que en nuestras deducciones llevábamos las ideas propias mas allá del círculo preciso de la doctrina, y que en medio de la exaltacion de un amor natural para con el objeto de nuestras tareas, derramábamos sobre él un lujo de imaginacion y de sentimiento que se podia tolerar, pero que no habia obligacion de admitir.

El presente capítulo vá á sacarnos de esta situacion. La misma Iglesia vá á hablar en nuestro lugar. Ella vá á decir, es mas, vá á ejecutar la creencia cristiana tocante á la Madre de Dios, y con esto vá á profesarla elocuentemente; porque,

como escribia un gran Papa á nuestros Padres en la fé: «Tal es la autoridad de las oraciones sagradas, que la prescripcion de lo que debemos creer se halla trazada en aquella segun la cual debemos orar.» *Tanta est precum ecclesiasticarum auctoritas ut legem credendi statuat lex supplicandi* (1).

Y nótese bien qué crédito debe darse á este género de profesion de fé de la Iglesia. Sin duda, cuando Pio IX en el siglo XIX se ha levantado solo para convertir en artículo de fé la antigua y universal creencia de la Inmaculada Concepcion de María, es la Iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares la que ha hablado por su boca tan plenamente como ha podido hacerlo por la boca de los mas grandes Concilios, por la de los Apóstoles, por la de Jesucristo. Mas los espíritus ligeros é irreflexivos se han alarmado por este acto nuevo de la Autoridad sagrada; porque ha parecido producirse á grande distancia de Jesucristo, y por un órgano individual y contemporáneo; como si no fuese Pedro quien ha hablado por boca de Pio IX, y como si Jesucristo hubiera esceptuado el siglo XIX, y particularmente el gran dia de la proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion, de aquella divina promesa: «Estad seguros de que yo estoy con vosotros *todos los dias*, hasta la consumacion de todos los siglos.» Sea de esto lo que quiera, este género de alarma se evita á los débiles en el argumento tomado de la liturgia; porque en él no es la Iglesia reasumida en su cabeza é interviniendo en los tiempos nuevos, sino la Iglesia esparcida sobre toda la tierra, la Iglesia de los tiempos antiguos, la Iglesia en los fieles como en sus pastores, la Iglesia en todas sus generaciones, toda la Iglesia en coro, quien glorifica y exalta á María por sus oraciones de todos los dias, por sus fiestas de todos los años, y quien vá proclamándola Bienaventurada, é invocándola Madre y Patrona del género humano.

Apliquémonos, pues, á escuchar y á estudiar este concierto universal como la espresion mas solemne y mas viva de la vida de María en la humanidad. Y desde luego observemos en las oraciones mas generales, mas consagradas y mas usuales

(1) El Papa Celestino en su carta á los Obispos de las Galias.

que emplean los pueblos cristianos para ponerse en relacion con Dios por la fé, por la confianza, por el arrepentimiento y por la invocacion, el *Credo*, el *Padre nuestro*, el *Confiteor*, las *Letanía*; la parte que en ellas tiene la Santísima Virgen.

I. *El Credo*, sin cuya profesion nadie puede ser cristiano, despues de haber proclamado la unidad de Dios Todopoderoso y Criador, su Hijo Unico, nacido de El antes que todos los siglos, é igual á El; despues de habernos como deslumbrado por la contemplacion de este *Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios, el cual no ha sido hecho, sino engendrado; que es de la misma sustancia que el Padre, y por quien todas las cosas han sido hechas*, nos le presenta inmediatamente tomando carne por la operacion del *Espíritu Santo del seno de la Virgen María*: ET INCARNATUS EST DE SPIRITU SANC-TO EX MARIA VIRGINE. Mencion de las mas gloriosas para la Santísima Virgen, si lo entendemos bien, pues que, profesando en ella su divina Maternidad y su virginidad perpétua, nos la muestra la Iglesia única entre todas las criaturas, unida de una manera particular á toda la Santísima Trinidad: al Padre Eterno por el Hijo, que les es comun, al Hijo porque ella es su Madre, al Espíritu Santo porque El ha obrado en ella para formar á Jesucristo de su purísima Sangre, á toda la Trinidad por una cooperacion á que ella ha contribuido con su consentimiento y su sustancia. Y estas gloriosas prerogativas y este prodigioso concurso, ¿para qué, á qué fin? *Propter nos homines, et propter nostram salutem*, dice el simbolo de nuestra fé; es decir, que *por nosotros los hombres, y por nuestra salud* María coopera así con la Trinidad, y recibe de ella tantos privilegios; María no es hecha Madre del Hijo, sino para hacernos hijos del Padre, para darnos á Dios por hijos, y con esto llegar ella misma á ser nuestra Madre. ¡Qué de gracias no debemos, pues, esperar conseguir por aquella á quien Dios ha escogido de este modo para darnos por ella al mismo Autor de la gracia!!!

He aquí lo que todo cristiano profesa, si entiende lo que dice, profesando el simbolo de su fé; he aquí el sentido que

la Iglesia ha encerrado en estas palabras, y que todos los pueblos cristianos han tomado de allí.

II. Despues del *Credo*, por el cual nos declaramos cristianos, la oracion en que nos ponemos en relacion con Dios, por la confianza que nace de la fé, es la que el mismo Dios ha enseñado, el *Padre nuestro*. Verdad es que esta sublime oracion no hace mencion explícita de la Virgen; y sin embargo, supone, contiene virtualmente su gloriosa intervencion. Tampoco hace mencion de Jesucristo; y ¿quién se atreverá á decir que en ella no está contenida la mediacion de Jesucristo? No solamente porque El es quien nos la ha enseñado, sino porque solo El nos ha adquirido el derecho y la confianza para pronunciarla. Este nombre de *Padre*, dirigido á un Dios inaccesible y ofendido, corresponde á el de *hijos*; y este título de hijos no le fundamos sino en nuestra fraternidad con el Hijo de Dios, hecho hombre por María. Solamente porque El tiene á María por Madre, tenemos nosotros á Dios por Padre; y así la divina Maternidad de María es el vínculo de nuestra adopcion. Esta interpretacion de la palabra *Padre*, no es nuestra, es de San Gregorio Nacianceno y de San Atanasio; pero mas bien que de ellos, es de San Pablo, que escribia así á los Gálatas: «Dios ha enviado su Hijo, *hecho de la mujer*, PARA QUE nosotros recibiésemos la adopcion de hijos; y siendo hijos, Dios ha enviado á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: *Padre* (1).»

De aquí se deriva la adiccion que siempre se ha hecho á la *Oracion dominical* de la *Salutacion angélica*, el *Padre nuestro* no vá casi nunca sin el *Ave María* en la liturgia católica y en el uso antiguo y universal de los pueblos cristianos; el separarlos intencionalmente, seria separarse á sí mismo de la comunion de los fieles, seria, dice San Gregorio de Nacianzo, *separarse de la divinidad* (2). «En efecto, dice un autor sábio y venerable, despues que, formados por la divina

(1) A los Gálatas, IV, 4.

(2) *Carta á Cleodonio*, que damos á conocer mas ámpliamente en nuestra *Esposicion histórica*.

enseñanza, los fieles se han declarado hijos de adopción por Cristo, y después que, para atraer sobre su cabeza los verdaderos bienes y alejar de ella los males, han pedido á su Padre celestial, desean bajar al recuerdo sagrado de aquella Virgen que ha dado á luz para ellos y para el mundo al Redentor, y que ha puesto en Cristo como los fundamentos de la humana salvación (1).» El *Ave María* vá casi siempre unida al *Padre nuestro*, cual el título de nuestra adopción y el fundamento de nuestra confianza. De aquí resultó llamarse en otro tiempo al *Angelus* el *Perdon*, porque no tenemos que esperar el perdón sino por el Hijo de María. Los protestantes, negando que el uso de rezar el *Ave María* como oración ó como homenaje á la Santísima Virgen llegue á la mas remota antigüedad, reconocen al menos que esta recitación era usada desde entonces en las reuniones de los fieles como lectura del Santo Evangelio, con el objeto de confirmar á estos en la fé de la Virginidad de María y de la divina Concepción de Cristo, combatidas entonces por los Maniqueos y por los primeros herejes (2). Pero ¿qué testimonio mas glorioso para María, qué confirmación mas notable de cuanto acabamos de decir, que este recurso constante de la antigüedad cristiana á la *Salutación angélica* cual al escudo de la fé y al fundamento mismo del Cristianismo? Nótese bien, en efecto: la *Salutación angélica* es el Evangelio, y puede decirse el Evangelio entero, puesto que es la *Anunciación* de la buena nueva; todavía mas, la *Venida* misma del Hijo de Dios á la tierra por su Encarnación en el seno de María; Encarnación que se trata entre el Angel y María, que comienza en cierto modo por el *Ave* del Angel, y que se consuma por el *Fiat* de María. El *Ave María* es la pura y dulce aurora de los tiempos nuevos, es el exordio de la sublime negociación de nuestra salud, es la génesis de la civilización cristiana, es la tierra santificada y el cielo reconquistado. Esta santa, sublime y magnífica salutación debería ser del gusto de aquellos que en todo buscan la antigüedad; porque no ha sido introducida por

(1) Canisio, *De María Deipara Virgine*, libro III, cap. X.

(2) Esteban de Malescot, citado por Canisio, libro III, c. XI.

ningun decreto del Papado moderno, y no puede sospecharse que ella haya sido el resultado de alguna humana combinación; ella tiene á un Angel por nuncio y á la Trinidad por Autor.

No se sabrá, pues, decirla y volverla á decir con demasía, como acostumbran los católicos; cortarla sistemáticamente, como han hecho los protestantes, es negar á *Emmanuel*, es romper el puente que El ha echado entre el cielo y la tierra.

Más ¿cómo decirla sin alabar, sin bendecir, sin glorificar por esto mismo á María, si este fundamento de nuestra salud es al mismo tiempo el de su gloria, y lo que es una profesión de fé en Jesucristo es también una bendición para María?

III. Esta salutación de un mensajero celestial á una criatura mortal, es sin ejemplo en todas las Sagradas Escrituras, de tal modo, que un autor protestante, Culmann, ha interpretado la turbación de la Virgen por la *novedad* de un honor semejante; novedad que también nosotros hemos hecho resaltar en la *Virgen María segun el Evangelio*, por la comparación de esta salutación con la que el mismo Angel habia dirigido ya al gran sacerdote Zacarías y al Profeta Daniel. El Angel al saludar así á María con tanta reverencia y respeto, al proclamarla *Llena de gracia con el Señor, y bendita entre todas las mujeres*, hablaba á la vez á nombre del Altísimo que le enviaba, á nombre de la Corte celestial á quien representaba, y á nombre de la humanidad y de toda la creación, cuyo corifeo era.

En este último carácter de la salutación angélica se halla proporcionalmente su origen litúrgico. El Angel ha entonado el primero el *Ave María*; él nos ha dado la nota y la medida del honor que era debido á María, con toda la autoridad de su naturaleza celestial, y nos ha dejado el cargo de pagarla después de él, con toda la sumisión, con todo el rendimiento de nuestra naturaleza mortal y rescatada. Porque el misterio cuyo mensaje traía el Angel se ha cumplido mas particularmente por nosotros los hombres y por nuestra salvación, y con igual objeto ha sido María glorificada. Así, ved cómo al punto la tierra, movida por el mismo Espíritu Santo, ha repetido este acento del cielo, como á esta última palabra del Angel:

Benedicta tu in mulieribus. Isabel repitió con una gran voz: *Benedicta tu in mulieribus et benedictus Fructus ventris tui Jesus*; y como la misma Virgen, sabedora proféticamente de aquella gloria que su humildad referia á Dios, oye á toda la sucesion de generaciones continuar saludándola Bienaventurada.

Sí, y tambien yo á mi vez, mortal de esta generacion que pasa, os saludo; oh María, *Ave Maria!* ¡Yo os bendigo entre todas las mujeres, ¡oh llena de gracia, á vos y al fruto de vuestras entrañas Jesus, mi Salvador y mi Señor con vos! Entre la multitud de voces que vuestra alma enagenada oía de lejos, como las voces de muchas aguas, elevar hácia vos este acento de alabanza, ¿no distinguiais mi voz, oh Virgen Bienaventurada, como una de las mas pequeñas, y que en esto correspondia á vuestra humildad? ¡Ah! Distinguidla al menos ahora en la celeste Bienaventuranza, en donde oís y acogéis todas nuestras miserias, y aceptais el esfuerzo que ella hace para estender aquí bajo vuestro reino y atraer sobre nosotros vuestro maternal socorro. Porque, segun la enseñanza de la Iglesia, asistida del mismo Espíritu que llenó á Isabel; yo no solamente os confieso en union con vuestro Divino Hijo, no solamente os venero, sino que os invoco y os ruego (1).

(1) El R. P. Lacordaire ha escrito sobre el *Ave Maria* una de esas páginas que oscurecen á todas las otras; vamos á citarla satisfaciendo en esto, no tan solamente el placer sino la edificacion de nuestros lectores:—«Cuando el Arcángel Gabriel fué enviado por Dios á la Bienaventurada Virgen María para anunciarle el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios en su casto seno, la saludó en estos términos: yo os saludo llena de gracia, el Señor está con vos, vos sois bendita entre todas las mujeres.» Estas palabras, las mas lisonjeras que ha oido ninguna criatura, se han repetido de edad en edad en los lábios del cristiano, y, del fondo de este valle de lágrimas, ellos no cesan de repetir á la Madre de su Dios: «Yo os saludo, María.» Las gerarquias del cielo habian diputado uno de sus gefes á la humilde casa de David para dirigirle esta gloriosa salutacion; y ahora que ella está sentada mas alta que todos los Angeles y coros celestiales,

La salutacion angélica es juntamente una profesion de fé, una bendicion y una invocacion. Es una invocacion por esta adiccion de la Iglesia á las palabras del Angel y de Isabel: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.* En el grande concilio de Efeso fué hecha esta adiccion (1). Ella contiene en estas palabras *Madre de Dios*, una profesion de fé esplicita en la *divinidad* de Jesucristo, negada por Nestorio en la oposicion que hacia este heresiarca á dar á María esta calificacion. Con este título, tiene un grande origen y una grande importancia, y no se sabrá aficionar demasiado á ella á los verdaderos cristianos, sobre todo en estos tiempos en que mas se ataca á esta divinidad del Hijo en el culto de la Madre. Y para reanimar esta creencia y este culto por un acto que sea fruto de ella, se *invoca* este título de Madre de Dios en María, y se le pide lo haga valer ella misma rogando por nosotros.

Por este fin, la salutacion angélica viene á hermanarse todavía felizmente con la oracion Dominical, y la acompaña admirablemente. En esta divina oracion acabamos de rogar nosotros mismos directamente al Padre celestial y de enviarle de algun modo nuestra súplica; ¿qué cosa mas natural que dirigirnos en seguida á la Santísima Virgen para pedirle que le apoye, y supla con sus oraciones á la insuficiencia de las nuestras, y se interese por nosotros; qué cosa mas natural, digo, sobre todo, despues de haber enumerado en todas las palabras que preceden los grandes títulos de crédito de la Santa Virgen cerca de Dios, y trayendo á nuestra memoria

el género humano, que la tuvo por hija y por hermana, le envia desde aquí bajo la salutacion angélica: «Yo os saludo, María.» Cuando ella la oyó por primera vez de boca de Gabriel, al punto concibió en sus purísimas entrañas al Verbo de Dios; y ahora, cada vez que una boca humana le repite estas palabras, que fueron la señal de su maternidad, sus entrañas se conmueven al recuerdo de un momento que no tuvo semejante en el cielo y en la tierra, y toda la eternidad se llena de la felicidad que experimenta ella con esto.» (Vida de Santo Domingo.)

(1) Hasta mas adelante no se añadieron las demás palabras: *Ahora y en la hora de nuestra muerte*; y hasta mas adelante aun, estas otras: *Pobres pecadores.*